

La lengua en la era tecnológica

José Miguel Oviedo

Hoy más que nunca, los medios de comunicación contribuyen a la transformación de los usos lingüísticos. Con una historia milenaria, el español es un fenómeno vivo y cambiante de cara a la tecnología y el predominio del inglés. El crítico peruano José Miguel Oviedo, autor de Una locura razonable, se cuestiona de qué manera se pueden registrar las formas que surgen por la improvisación y el descuido.

Los presentadores, conductores y comentaristas que dirigen los programas radiales y televisivos nunca han sido conocidos precisamente por saber cómo funcionan los mecanismos del lenguaje. Les basta tener facilidad de palabra y un mínimo de reglas básicas para no enredarse con lo que dicen y no enredarnos a los que los escuchamos y vemos. Uno podría suponer que hoy, época en la cual una de las carreras más populares y difundidas en nuestras universidades es lo que se llama “Comunicaciones”, esa práctica habría dejado de ser un campo en el que la riesgosa improvisación y el uso meramente intuitivo del lenguaje podrían haber sido superados por un trato menos azaroso de esos mecanismos. El increíble avance que ha tenido la tecnología en la transmisión de lo que pensamos y escribimos ha hecho que la velocidad instantánea y el alcance casi sin fronteras a la que viajan nuestros mensajes —no im-

porta cuál sea su tipo— ha provocado que cualquier error se multiplique infinitamente y que entonces el público tome el error por la regla, gracias al simple efecto multiplicador de la repetición. Si la vasta mayoría dice a través de los medios algo de cierta manera, la audiencia se ve impulsada a tomar la repetición por la norma y a prolongarla en su uso personal: la mayoría manda. Así el criterio de lo que es correcto o incorrecto se convierte meramente en una cuestión de estadística: si todos lo dicen, entonces yo también puedo decirlo teniendo a los comunicadores como verdaderas autoridades en cuestiones de lenguaje, pues se supone que tienen la misión de transmitir sus mensajes *urbi et orbi*. No se nos ocurre generalmente buscar un diccionario para saber si lo que escuchamos es o no correcto; no hay tiempo para eso y tenemos que correr a escuchar la siguiente noticia.

En este asunto, uno puede confirmar que la tecnología es un avance que trae su propio veneno dentro. La instantaneidad con la que hoy podemos acceder a las más variadas fuentes de información no significa necesariamente que nuestro conocimiento sea hoy mejor que antes: estar bien informado no implica en principio que seamos más capaces de reflexionar bien. Información no equivale a saber y enjuiciar, operaciones que no podemos realizar a la carrera y contra el tiempo. Por otro lado, la sensación de que todo está al alcance de nuestras manos y que nos basta apretar un botón para tener, si así lo deseo, toda la bibliografía crítica sobre Shakespeare publicada en los últimos cien años, nos vuelve inevitablemente perezosos, lo que tiende a disminuir el valor de todo lo que nos cuesta trabajo descubrir y entender.

La rapidez es hoy el criterio supremo, no la comprensión. Por eso creo que ahora es más fácil dar por válido y de inmediato lo que los medios nos dicen que cotejarlo con fuentes que supongan una búsqueda más profunda de lo que escuchamos y vemos en la pantalla; para la gran mayoría eso es suficiente. Es decir, los comunicadores son ahora árbitros supremos que orientan las corrientes de pensamiento y el modo de plantear la discusión. Soy un habitual consumidor de noticieros y programas de debate sobre temas de actualidad. Como acostumbro encender la televisión unos pocos minutos antes de que esos espacios comiencen, suelo encontrarme con el final de programas de chismes sobre el ambiente de la farándula, que se han convertido para mí en una fuente inagotable de atrocidades lingüísticas. Pero he notado que ellas se han ido desparramando también a los noticieros y espacios de discusión más “serios”, lo que prueba el poderoso influjo de los modos de decir que nos asaltan por todos lados.

Hay un animador de origen cubano que hacía de su obesidad (y ahora de su reducción de peso) una de las razones de su popularidad. Creo que fue él a quien le escuché decir por primera vez “hace mucho tiempo atrás”. Esta torpeza expresiva que ignora el hecho de que en español tenemos dos opciones: “hace mucho tiempo” o “mucho tiempo atrás” se ha difundido ahora de tal manera que la he oído en boca de profesores universitarios o intelectuales reconocidos. Igual puedo decir de la frase que ese personaje y muchos otros usan con frecuencia: “A la misma vez”, que es por supuesto un calco directo de la expresión inglesa *at the same time*. Aun más ridículo es el caso de cierta presentadora venezolana que ha hecho de la expresión “buena tarde” un membrete personal del que parece estar muy orgullosa. Ella y otros colegas suyos han hecho también muy popular el olvido de la contracción “del” para decir “de el incendio”.

Sobre todo los comentaristas deportivos han inventado un uso nuevo para el adjetivo “previo” y hablan continuamente de “la previa del partido” en vez de decir, por ejemplo, “la hora previa...”. Otro ejemplo notable del modo como estas aberraciones lingüísticas empobrecen el lenguaje de todos es el del ahora universal y omnipresente uso de “tema” que ha desterrado sus equivalentes: “asunto”, “cuestión”, “problema”. En España escuché una vez esta frase casi maravillosa: “el campo está muy pesado por el tema de la lluvia de anoche”. Otra palabra de la que se abusa con gran frecuencia es “importante”, que ahora se aplica en frases como “sufre de un cáncer importante”, en vez de “serio”, “grave” o “incurable”. Lo mismo puedo decir de la palabra “inversor”, que está desplazando rápidamente a “inversio-nista”, que me parece más correcta.

Muchos de esos deslices expresivos tienen que ver con el bien conocido influjo del inglés y de la creciente invasión del llamado *spanglish*. Al respecto de este último fenómeno, recuerdo ahora la respuesta que dio Octavio Paz a la pregunta que un periodista le hizo sobre si le parecía que ese influjo era bueno o malo, y Paz contestó que no era ni bueno ni malo, sino “inevitable”. Yo matizaría esa información diciendo que hay muchos casos en los que resulta así por carencia de una palabra que designe un concepto o realidad para el que no tenemos una designación precisa en nuestra lengua. Es muy común en Estados Unidos escuchar entre los hablantes de origen latino la palabra “aseguranza” para decir sencillamente “seguro” (de vida, de accidente, etcétera), con la intención, creo, de evitar la posible confusión con “estoy seguro”, o “echar seguro a la puerta”. Pero me parece imperdonable la mucho más común frase “te llamo para atrás”, otro calco directo del inglés *I'll call you back*, porque oscurece el sentido de lo que se dice al cambiar la noción de tiempo por la de espacio. Cada vez más escucho la expresión: “Al final del día” en vez de “a fin de cuentas”.

La reciente aparición del *Diccionario de la Real Academia Española*—la vigésimo tercera— muestra el buen criterio general de esa corporación de admitir muchos neologismos (una gran mayoría de ellos precisamente de origen tecnológico) y americanismos, pues refleja el hecho indiscutible de que somos más los hispanohablantes americanos que los peninsulares, sin olvidar el hecho de que Estados Unidos incluye a millones que hablan español. Incorporar expresiones muy comunes en el ámbito latino incrustado en el mundo angloamericano es una decisión perfectamente aceptable porque la lengua es, como todo fenómeno vivo, un organismo que está en perpetuo cambio: muchas palabras caen en desuso o adquieren otro sentido, otras nuevas aparecen. Pero creo que incluso si nos referimos al campo de palabras que son parte de nuestro lenguaje desde hace

siglos, la Academia ha introducido algunos cambios que me parecen discutibles. Por ejemplo, ha convertido en opcional el uso del acento diacrítico que distingue el adjetivo “solo” del adverbio “sólo”. Yo seguiré usando ese acento porque no creo que sea un mero adorno u opción lingüística. Por otro lado, la Academia ha incorporado palabras como “papichulo” (para designar a un galán guapo o codiciado), entre otras expresiones que provienen del ambiente de la farándula y que me parecen menos difundidas o simpáticas que, por ejemplo, “encueratriz” (para referirse a una actriz que suele aparecer desnuda), que incluye un cierto elemento metafórico que casi suena quevediano. Creo que también procede del mundo de la farándula una expresión que hace mucho tiempo encontré en un suplemento de espectáculos de España: “en solitario”, con el valor de “a solas” o “solo”. También lo encontré en notas del ambiente político, como “el ministro llegó en solitario”, para decir que no vino acompañado. Me parece muy bien que el Diccionario haya aceptado la palabra “lonchera” pero no veo la razón por la cual ha incorporado la voz italiana “birra”, por cerveza, por el simple hecho de que es innecesario. Además, ya tenemos “chela”. En el área de neologismos, la Academia ha aceptado muchísimos que provienen del lenguaje tecnológico y cuyo uso se ha generalizado enormemente entre nosotros. “Bloguero” o “bloguera” me parecen aceptables aunque no sean muy gratos al oído. Pero “tuitear” me parece una concepción excesiva, igual que “wifi”. Lo digo porque la invasión de los neologismos asociados a la nueva tecnología es constante y creciente, pero al mismo tiempo frágil o efímera. Recuerdo que la gente empezó a castellanizar como “disquete” la palabra inglesa *disquette*, para designar un dispositivo (o “herramienta” como todos dicen ahora) que nos permitía almacenar información en un soporte de pocos centímetros. Hoy ese dispositivo prácticamente ha desaparecido y mucha gente joven no sabe lo que es, igual como pasará con “nube” y como pasó con “estéreo” o “tocabiscos”. No conviene creer con tanta facilidad que todas las novedades tecnológicas están aquí para quedarse.

Ofrezco aquí una breve selección de atrocidades lingüísticas que he ido anotando:

- “Hubo un incidente puntual” (por *específico*)
- “A futuro” (por el *futuro*)
- “Los delitos cometidos son totalmente deleznales” (por *repudiables*)
- “La primer hora”
- “El próximo año venidero”
- “Para evitar la retardación de la justicia” (por *lentitud de la justicia*)

- “Documentos de alta secrecidad”
- “Químicos” (por *sustancias o productos químicos*)
- “Estilista” (por *peluquero/a*)
- “Estética” (por *salón de belleza*)
- “Espero que me soporten” (por *que me den su apoyo*)

Se ha puesto de moda creer que el género gramatical involucra siempre lo sexual, lo que explica que ahora se haya vuelto general y casi obligatorio decir “los jóvenes” y “las jóvenes”, como si el género del primer sustantivo no abrazase al segundo. Decir “el hombre prehistórico” incluye, por supuesto, a la mujer. No hay en esto nada de supremacía machista: se trata de un mero rasgo gramatical propio de nuestra lengua. En uno de sus notables artículos (“Señoras y señores”, *Letras Libres*, junio de 2014), Gabriel Zaid nos recordó que en su discurso inaugural el presidente Fox usó innecesariamente la fórmula “los ciudadanos y las ciudadanas” (también habló de “los chiquillos y las chiquillas”), y a partir de allí el error se desparramó por todos los medios “como un reguero de pólvora”.

Hace algunos años el movimiento feminista norteamericano observó con escándalo que las tormentas tropicales que azotaban el Caribe y Estados Unidos eran designadas sólo con nombres masculinos: Bob, Fred, Michael... Para acabar con esa terrible forma de discriminación exigieron —y obtuvieron— que fuesen designadas alternativamente con nombres masculinos y femeninos, como si esos fenómenos tuvieran sexo. Pese a esta gran conquista, las feministas han tenido que probar, por lo menos una vez, su propia medicina: cuando el huracán Katrina destruyó Nueva Orleans y otras áreas del sur, las mujeres que llevaban el mismo malhadado nombre tuvieron que cambiárselo o disimularlo porque se convirtió en sinónimo de tragedia y desastre.

Pero ahora esa innecesaria diferenciación se ha vuelto una regla general y la escuchamos por todas partes porque sobre todo los hablantes masculinos temen ser señalados por discriminar a las mujeres. En el lenguaje político esto se ha vuelto una ley general. Nicolás Maduro, ese involuntario cómico que se dirige a sus conciudadanos como si fuesen peones de su hacienda, usa todo el tiempo esa regla. Alguna vez se le pasó la mano y llegó a decir “nosotros y nosotras”. Creo que los peores dislates que he escuchado pertenecen a comentaristas políticos. Uno es: “no hay que buscarle cinco pies al gato” y —aunque los lectores no lo crean— esta perla surrealista: “hay que tomar al cuerno por los toros”. Nadie pide disculpas por estas aberraciones, nadie aclara nada. Y así se va formando quizás un nuevo refranero para el gran público. **U**